

que al día siguiente se expendiese como se hacia antes de la sublevación. Esta medida, muy justa sin duda, pero demasiado pronto dictada, y la noticia de haber dado muerte una patrulla en las afueras de la ciudad á otro cuñado de Masanielo, causaron desde el amanecer del día 17 de julio gran inquietud en el populacho. Aprovecharon diestramente la oportunidad los que aun deseaban reanimar la hoguera, no del todo apagada; y poniendo sagazmente en juego los recuerdos de unos, los intereses de otros, y las pasiones de todos, consiguieron en poco tiempo y con poco trabajo que apareciera de nuevo la sublevación, acéfala en verdad, pero siempre temible y amenazadora. Fué acudiendo al Mercado primero la gente baldía de los barrios, y luego otra más granada, acaso por curiosidad. Se decía en los corrillos que ya Nápoles estaba padeciendo el castigo de haber abandonado inicidamente al furor de sus enemigos al héroe libertador; que si el Virey empezaba de tal modo á encarecerles el pan y á escatimarles el sustento, no tardaría en imponerles de nuevo las gabelas. Y empezaron á circular con efecto mágico por la muchedumbre sentidas lamentaciones, por haber abandonado y perdido á su valeroso protector, el único que miraba por el pueblo. Encendiéndose rápidamente los ánimos, se acrecentaba por puntos la desesperación por la pérdida de su caudillo, de su libertador, del único que sabía atarar á los tiranos é imponer condiciones á los vireyes. Y derramándose luego aquel genio por calles y plazas, volvió á resonar en ellas con clamorosos gritos el nombre de Masanielo, produciendo su memoria un entusiasmo general. Desconcertado el duque de Arcos envió diligentes emisarios por todas partes á calmar los amotinados grupos, culpando la carestía del pan á los panaderos; con lo que sólo logró que algunos de ellos fueran despedazados por haber obedecido su inoportuna disposición. Y puestas en acción nuevamente las turbas, huyeron los empleados públicos, escondiéndose los amigos de la paz, cerráronse las puertas de tiendas y talleres, tomaron las armas las tropas en los cuarteles, y presentó de nuevo la ciudad el horroroso aspecto que los días de la sublevación. ¡Qué mucho si ésta había renacido con sus mismos enconos, con su misma sed de venganza y de sangre!

El nombre de Masanielo se repetía con doloroso afán por todos los labios del acalorado genio, que había visto el día antes sin comoverse su cabeza sangrienta en manos de los asesinos, que luego se cebó en su cadáver, y que insultó á su viuda y persiguió á sus partidarios. Y por un movimiento general se resolvió á acabar con los que habían matado al hombre del pueblo, y buscar sus restos mortales y celebrar con ellos, á su modo, una especie de apoteosis reparadora.

Fué inmediatamente un numeroso grupo, respirando furor y venganza, á las casas de los verdugos del pescadero, que se salvaron de la furia popular huyendo con tiempo y escondiéndose con habilidad; y otra turba fué solícita á recoger los despojos de su ídolo. Llevaron la desfigurada cabeza adonde estaba el destrozado tronco, con el que la unieron y cosieron lo mejor que les fué posible. Lavaron el ya entero y restaurado cadáver en las aguas del humilde río Sebeto; lo perfumaron y vistieron con ricas ropas, y puesto en un sillón de brazos, lo pasearon en triunfo por la ciudad con fúnebre algazara y dolorosa gritería. Corrió la voz de que había resucitado Masanielo; y esta noticia, aunque inverosímil, consternó al Virey, aterró á la nobleza, y embriagó de alegría al populacho que llenaba las calles y las plazas con veheméntísima conmoción. Todos querían verlo, todos tocarlo, todos conservar alguna prenda de su atavío, un mínimo pedazo de sus ropas, como una preciosísima reliquia. Los que conseguían acercarse lo tenían á la mayor dicha, aunque viendo sólo un cadáver, anunciaban en alto y lastimoso grito, y con lágrimas en los ojos á los que quedaban más léjos, que Masanielo estaba muerto (1).

Llegó á ser tan grande la concurrencia, que no podía ya transitar por las calles aquel nuevo paseo triunfal; por lo que se determinó darle fin, depositando aquel cuerpo en la iglesia del Carmen. Colocáronlo en un magnífico túmulo, rodeado de todas las banderas de los barrios, de los estandartes de las cofradías y de una guardia popular de más de cuatro mil hombres. Al anocheecer, sacándolo en

(1) De Santis.

andas con las insignias de capitán general, hicieron un suntuoso entierro, ó por mejor decir procesion, á que asistieron los cabildos, las comunidades y muchos magistrados y autoridades civiles; obligando á los puestos militares por donde pasaba á que le hiciesen los supremos honores. Recorrió esta pompa fúnebre todas las calles y plazas de la ciudad, que espontáneamente iluminaron los vecinos. Y al llegar á la plaza de Palacio henchida de taciturno genio, se paró el féretro y se detuvo larguísimo rato; y el Virey envió ocho de sus pajes con libreas de gala y hachas de cera, y la mitad de su guardia tudésca, para acompañarlo. Al amanecer volvió esta procesion solemne al Carmen, donde se celebró el oficio de difuntos, con salvas de artillería en el torreón y con el clamoreo general de todas las campanas de Nápoles. Las mujeres plañían y alborotaban el templo con sus gemidos, y se acercaban de tropel para tocar sus rosarios en el cadáver, y se oía exclamar de cuando en cuando con fervor devoto: *Beato Masanielo, ora pro nobis*. Al mismo tiempo en la plaza del Mercado, atestada de la apiñada muchedumbre que no pudo entrar en la iglesia, se vendían á precios increíbles retratos de lápiz y bustos de cera. Y los ciegos entonaban y vendían oraciones y coplas edificantes, dirigidas á aquel nuevo bienaventurado (2). Díósele sepultura en el mismo templo en que se celebraron las honras. Pero el MS. de Capecelatro dice que pocos días despues fué secretamente exhumado aquel cadáver, como de persona muerta bajo el peso de una excomunion, y enterrado sin aparato alguno fuera de sagrado. Ignoramos pues el sitio donde descansan los mortales restos de hombre tan memorable.

Nueve días duró solamente el portentoso é increíble poder de Masanielo, pero tan llenos de graves acontecimientos, de trascendentales trastornos, de espantosos crímenes, de violentas contradicciones, y de amargos desengaños, que presentan como en un solo cuadro un ejemplo solemne y desconocedor de lo que son los hombres y de lo que son los pueblos.

(2) De Santis. — Comte de Modéne.

LIBRO SEGUNDO

TORALDO.—ANNESE.—EL DUQUE DE GUISA

CAPITULO PRIMERO

Muerto el hombre prodigioso que de una manera tan extraordinaria había dado cuerpo y forma á la sublevación; conseguido el objeto de ella con la abolición de los impuestos y gabelas, y con el restablecimiento de privilegios que imposibilitaban toda exacción arbitraria; cansada la plebe de tantos días de fatiga y de movimiento, deseosa la ciudad de Nápoles de quietud y de reposo, horrorizada además de las sangrientas escenas de que había sido teatro; y restablecida de hecho la autoridad real, con fuerzas disciplinadas á sus órdenes, con la nobleza á su devoción, ganados los más influyentes jefes populares, y con gran parte del pueblo sumiso y obediente de buena fe, parecía que iban ya á amanecer para aquel desventurado reino días bonancibles de orden, de reposo y de tranquilidad. Pero la mala estrella del duque de Arcos amontonaba nuevas borrascas sobre su frente, y preparaba otras escenas de sangre y de escándalo, y más serios y graves peligros para la dominación española.

Si las exequias del dictador popular manifestaron un sintoma no dudoso de que la sublevación no había muerto con su caudillo, los días siguientes patentizaron claramente su existencia, y que no era el perplejo Virey capaz de sujetarla y de destruirla. Ya un grupo del pueblo asaltaba impunemente una panadería, so pretexto de que había vendido el pan faltar, ya otro repetía los asaltos sin estorbo alguno á las casas de los matadores de Masanielo, refugiados en Castelnuovo, y las saqueaban y las incendiaban; ya en el Mercado ó en algun otro sitio de concurrencia se armaba una disputa, que nadie trataba de calmar ni de impedir, y que concluía á puñaladas, llamándose unos á otros forajidos y partidarios de Maddalone; ya la plaza de Palacio se llenaba de gente desarrapada, que con *muenas* y *vivas* presentaba mal fundadas quejas, que eran siempre acogidas con indigna debilidad; ya los soldados tudescos y españoles, que discurrían solos y desarmados por las calles, tenían que refugiarse á sus cuarteles ó á los cuerpos de guardia más inmediatos. Y no aparecía una medida vigorosa que asegurase á unos y que contuviese á otros; no se publicaba un bando con disposiciones tales, que imposibilitaran aquellos desórdenes; no se hacía un escarmiento que arredrase á los discolos, que amedrentase á los facinerosos: en fin, no había gobierno.

Si era tan triste el estado de la capital, no era más lisonjero el de las provincias del reino. Por todo él había cundido de un modo ó de otro la sublevación, y en todas estaba roto el freno de la obediencia al poder legítimo. En las grandes ciudades se desarrolló el elemento popular; fueron arrojadas ó asesinadas las autoridades, alzados todos los impuestos; repartieronse armas al paisanaje, y se ejecutaron las más violentas rapiñas y las más atroces venganzas. En las villas y aldeas, en unas los barones, señores de la tierra, se fortificaron en sus palacios y castillos, para libertarse del furor de sus colonos, y ejercían sobre ellos la más dura tiranía, ayudados de bandidos que llamaron á sueldo; en otras, los colonos tomaron la delantera, incendiaron las casas fuertes señoriales, y se declararon de realengo. Sólo donde las guarniciones españolas y tudescas eran bastante numerosas para tener en brida á los habitantes, se conservaba una aparente tranquilidad, ó por mejor decir, una mal comprimida sublevación.

Los altos señores feudales hacían por su parte esfuerzos para contener el desorden, demostrar fidelidad al Rey, y ayudar á la autoridad legítima; conociendo harto que no siéndoles posible amalgamarse con el pueblo, no les quedaba otra tabla de salvación en tan deshecha borrasca. Pero la autoridad legítima, ó porque aun desconfiaba de la ayuda de los potentados, ó porque no quería com-

batir, les mandó derramar y despedir las fuerzas que á su costa levantaban y mantenían: perdiendo así un elemento de represión muy ejecutivo, y un medio seguro de mantener en el dominio de España aquel importantísimo Estado.

Las ciudades, villas, aldeas y campiñas que circundan la capital obedecieron á Masanielo, cuyos tentáculos con pelotones napolitanos las recorrian y alarmaban. En las provincias más distantes no fué nunca tan absoluto el dominio del pescadero, pero se alzaron y seguían los movimientos y progresos de la insurrección. En la de Otranto fueron muy graves los conflictos. En la de Lecce las rivalidades entre los funcionarios públicos, Anolini y Boccapánola, sobre quién debía dar cumplimiento á las órdenes del Virey aboliendo las gabelas, dió margen á asesinatos, incendios y escenas de ferocidad inaudita. La ciudad de Aquila fué teatro de horrorosos desórdenes. La de Nardo, feudo del conde de Conversano, se declaró de realengo; acudió aquel á sujetarla con fuerza considerable de bandidos, y fué rechazado; pero por interposición del obispo monseñor Pappacoda hubo avenimiento, entregándose de nuevo la ciudad con ciertas condiciones á su señor; quien en cuanto entró en ella, olvidándolas todas, y hollándolas sin miramiento, se entregó á las más sangrientas venganzas (1). En Chieti, ciudad del Abruzzo, comprada poco antes á la corona por don Ferrante Caracciolo, se levantaron los nobles para sacudir el moderlo, no yugo feudal; asesinaron á los empleados, jueces y administradores del señor, y se declararon de nuevo vasallos del Rey. En Foggia, un tiro que casualmente se escapó á un centinela, fué origen casualmente de una sublevación espantosa, en que hubo gran derramamiento de sangre. La provincia de Basilicata estaba sometida á la dominación de Hipólito Postena, que se apoderó de Salerno. Msteo Caivano, hombre oscurísimo, había levantado con buen éxito el estandarte popular en Taranto. La tierra de Bari estaba toda en fermentación. Ambos Abruzzos en el mayor desorden, presa de la más espantosa anarquía. Y las dos Calabrias, agitadas por Tofardo y Marota, comisionados del pueblo de Nápoles, eran campo miserable de los excesos revolucionarios y de las atrocidades de los bandidos, que ó servían á los señores de la tierra, ó se aprovechaban de la fuga de las tropas y de la ausencia de las autoridades, para saquear las villas en desorden y los lugares sin defensa. Ni los respetables monasterios de la Cava y de Montecasino se vieron libres de la invasión de los revoltosos; y corrieron gran riesgo aquellos ricos archivos, depósito y refugio en los siglos bárbaros de todo el saber humano, de ser reducidos á cenizas. Es muy curiosa la declaración que arrancó el abad del monasterio de la Cava al jefe popular que fué á atacarlo, documento que tenemos á la vista.

En fin, llegó á tal punto el vértigo de insurrección y desorden que se difundía con la atmósfera y que se comunicaba como un contagio pestilencial, invadiendo todos los pechos, acalorando todas las cabezas; que en la aldea de Schiavoni, compuesta de unas treinta chozas, se reunieron un domingo los habitantes para hacer tambien su insurrección. Y como se encontrasen que eran todos parientes y amigos, que no había autoridad contra quien rebelarse, ni riquezas que saquear, ni gabelas que abolir, quedaron muy desconcertados y mohinos; cuando uno de ellos dijo, como si fuese inspirado: *Venid, é incendiad mi choza, que nada me importa con tal que hagamos algo, y que no se diga que somos cobardes y malos patriotas*. Y la choza de este héroe, que así se inmolvaba en las aras de la reputación de su aldea, fué inmediatamente reducida á cenizas, con grandes alaridos, y procurando aquellos inocentes rústicos contrahacer, lo mejor que supieron, los furores que habían oído contar de

(1) De Santis. — Capecelatro, MS.

Nápoles y de otras ciudades de importancia. En Tuturano, aldea inmediata á Brindis, por hacer algo, prendieron fuego á la taberna (2). Y en un casal de Calabria, las mujeres se rebelaron contra los maridos, y quemaron á dos de ellos con sus hijos, incendiando un pajar en que se habían refugiado (3).

Sentimos no haber encontrado bastantes materiales para escribir con más detención sobre estos acontecimientos, cuyas particularidades darían una exacta idea del carácter de la época y del estado en que llegó á ponerse el reino de Nápoles. Pero no existen documentos de aquel tiempo en los archivos públicos, y los escritores de entonces, dedicados toda su atención á las ocurrencias de la capital, sólo hacen leves indicaciones de lo acaecido en las provincias, y alusiones á casos particulares ocurridos en ellas, que no han llegado hasta nosotros. Mas lo que dejamos ligeramente apuntado, siguiéndolo á los más graves autores contemporáneos, basta para dar á conocer que el país todo estaba hondamente conmovido, aunque por fortuna de España, sin un pensamiento nacional y unánime, sin un objeto fijo, sin una dirección determinada, sin un caudillo solo á quien todos obedecieran. En fin, andaba revuelta la tierra, estaban amotinados los pueblos, reinaba una desconcertada y feroz anarquía; pero en el reino de Nápoles no había hasta entonces rebelión. Esta apareció al cabo, porque así debía de suceder, como no tardaremos en referir.

CAPITULO II

En Nápoles cada instante asomaban nuevas pruebas de que continuaba como antes la sublevación. El día 19 de julio se alteró la ciudad, volviendo á ponerse en armas el populacho, porque se esparció la falsa nueva de haber sido asesinado por los españoles el electo del pueblo. Y el día 20 hubo un serio alboroto, porque los aduaneros empezaron á exigir, como antes, los impuestos abolidos por la capitulación. El furor popular quiso dirigirse desde luego contra el Virey; pero Julio Genovino, deseoso de mostrar su celo por el legítimo gobierno, para no ver retardada la posesión de la presidencia del tribunal de la Sumaria, que le estaba ofrecida, consiguió con su maña y sagacidad calmar al pueblo, y persuadirle que llevase sus quejas al Arzobispo, el cual se entendería mejor con el duque de Arcos, sin cuyo conocimiento, osó asegurar, se estaba cometiendo aquella tropelia por los empleados subalternos. Y efectivamente, fué dirigida al Cardenal una respetuosa representación por escrito.

Corrió en aquella ocasion gran riesgo un caballero español, llamado don Miguel Sanfelices, porque encontrando en la calle una de las turbas, dijo imprudentemente: *Gritad, gritad, que pronto comeréis piedras*. A la ligereza de un poderoso caballo en que iba montado debió la vida, huyendo á esconderse donde no pudieron dar con él. Pero tomó con este accidente tanto cuerpo la asonada, que tuvo el Virey, para calmarla, que poner á talla la cabeza del fugitivo, como si fuese la del mayor traidor ó facineroso (4).

Al mediodía, y cuando todo estaba ya tranquilo, alborotaron de nuevo la ciudad los habitantes de Milito, casal inmediato, entrando armados y con gran gritería por las calles de Nápoles, buscando para matarlo á su señor, el consejero Francisco Antonio Moscottola. Estaba éste muy descuidado comiendo con su familia, cuando vio invadida su casa por aquella furibunda turba de rústicos, seguida de gran número de curiosos, que aumentaban la confusión. Alterado y sorprendido huýó con su mujer y logró esconderse, abandonando la casa con

(2) De Santis.

(3) Relacion MS. en un códice de la librería del príncipe de San Giorgio.

(4) De Santis. Capecelatro, MS.